

FRASCOS DE PERFUME A QUEBRAR...

P. Antonio Gerardo
Fidalgo, CSsR

Tomamos la expresión de la pregunta que trabajaron las Conferencias Nacionales como parte de su evaluación para ser presentada en la XLIII Junta Directiva y el VIII Encuentro de Secretarías/os llevadas a cabo en Puerto España (Trinidad y Tobago). Dicha pregunta formaba parte del Marco Bíblico-teológico, donde se decía: «*A la luz de Betania y de nuestra realidad ¿cuáles perfumes derramar para superar el mal olor?*». A partir de las repuestas dadas, buscaremos compartir una devolución, retorno, que pueda ser una riqueza para todas y todos en este caminar de la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña, la que pretende, una y otra vez, *escuchar a Dios donde la vida clama*.

Las respuestas no siempre están en la misma línea, aparecen por momentos hasta algo confusas, entre lo que serían los frascos de perfume y lo que se ha dado en llamar el mal olor. Por lo que aquí intentaremos darles una cierta sistematización en orden a sacarles el mejor jugo/aroma posible. Pues nos parece que lo contiene.

Comencemos pues por el mal olor. ¿Qué es lo que huele mal entre nosotras/os?

Hay mucho olor a miedo. Miedo al riesgo y a lo nuevo, a perder 'seguridades'. Miedo a equivocarse, a experimentar otras maneras de organización, oración, vida comunitaria. Miedo a ser sancionados/os. Miedo a cierta jerarquía tanto en la misma Vida Religiosa como en la Iglesia. Miedo a enfrentar situaciones desafiantes en la sociedad.

Además hay olor a seguridades anquilosadas. Por ende a inmovilismo. El que se produce cuando nos quedamos mirando únicamente las necesidades congregacionales, descuidando lo apremiante del Reino. Olemos no pocas/os a indiferencia y acomodamiento, sobre todo ante las necesidades de nuestro mundo. Así es que olemos a desesperanza. Huele feo el abandono a nuestras/os hermanas/os a su suerte; vemos pero seguimos de largo.

Hay un fuerte olor de ciertos estancamientos. Se nota en el poco esfuerzo comunitario para promover las nuevas vocaciones. Cuando cuesta y resulta casi imposible salir a otros espacios de misión en los límites, en las periferias. Se prefiere conservar a arriesgar. Se percibe la inercia y falta de renovación seria y profunda. En la falta de apertura y en buscar nuevas inclusiones,

como por ejemplo la participación de indígenas en nuestra Vida Religiosa y eclesial. En la pérdida de tiempo y de vidas gastadas en estériles rivalidades entre personas, grupos, generaciones dentro de nuestras comunidades.

Detrás de estos olores se percibe como el meollo que los causa, esto es, una serie de actitudes, que necesitarían ser trabajadas con el aroma de Cristo, fuente de vida nueva, de liberación y de transformación, para realizar el reino, sencillamente y de a pie. Algunas de estas actitudes son: individualismo; activismo; indiferencia; dejadez; instalación; insolidaridad; consumismo...

Vayamos ahora por el perfume. ¿De qué perfume se trata? ¿Qué puede evocarnos esta imagen? ¿Para qué puede sernos significativa?

Antes de pasar a la devolución, retorno, desde los aportes de las Conferencias, parecería oportuno dejarnos iluminar por la Palabra:

«Seis días antes de la Pascua, Jesús volvió a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado. Allí le prepararon una cena: Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María, tomando una libra de perfu-

me de nardo puro, de mucho precio, ungió con él los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se impregnó con la fragancia del perfume» (Jn 12, 1-3)¹.

La casa de Betania se llena del derroche del amor, de la ternura, de la misericordia como para ganarle al mal olor de la mezquindad, de la exclusión, del orgullo autosuficiente. Junto a Jesús, compartir la vida con Él, esto es, vivir en y desde la comunión con el Dios de la vida, que desafía al derroche de la vida y no a conservarla (Cf. Jn 12,25).

Todo ello, signo de lo que debemos vivir como Iglesia, casa de Betania, casa del encuentro, de la ternura, de la amistad y de la fraternidad. Vivir, en definitiva, como ha vivido Jesús, o sea, él «derrochó», donó toda su vida a través de un compromiso real para hacer creíble el amor de Dios. Así en la Vida Consagrada, la vida se «derrocha» para hacer creíble el amor de Jesús a toda persona humana. Un derroche, muchas veces, incomprensible para tantos contemporáneos, o al menos para ciertas lógicas eficientistas y consumistas. Las cuales nos plantean un duro interrogante: «¿no sería la Vida Consagrada una especie de despilfarro de energías humanas,

un desperdicio de talentos?, los cuales serían, según aquellas lógicas, mucho mejor utilizadas en bienes más beneficiosos para la humanidad y la misma Iglesia...».

Dicho interrogante, puede ante todo sonar, como quien ve unos grandes vitrales de una gran catedral gótica solo desde fuera y se pregunta, ¿qué sentido tienen esos vidrios y garabatos?. Hasta que en verdad descubre su significado si los mira desde dentro, al ver el paso de la luz y descubrir su mensaje en formas y colores allí expuestos. La Vida Consagrada vista desde fuera y con un lente que mira solo la eficiencia y lo pragmático, puede que resulte no significativa y un desperdicio. No obstante, en su exageración, esta apreciación no deja de plantearnos un serio interrogante: ¿Cuál es el sentido real de nuestra entrega y por qué medios hemos de realizarla? De tal manera que no caigamos en contradicciones entre las intenciones y las verdaderas realizaciones históricas. Este es un gran desafío que no podemos eludir y que propicia muchos de nuestros malos olores.

La Palabra puede ayudarnos a convencernos profundamente de que proseguir este derroche de vida tras las huellas de Jesucristo, es como romper un frasco des-

tinado a propagar el buen perfume, la alegría misericordiosa del Evangelio, anunciado y realizado en medio de los pobres. Convencernos de que es una manera singular de hacer presente el modo que tuvo Jesús de estar en comunión con el Padre y las/os hermanas/os. Convencernos de que la prioridad de la donación es la que justifica y sostiene todo tipo de acción. Así resulta ser el mejor de los apoyos para estar comprometidas/os en las más desafiantes tareas de la evangelización. Es la misma Palabra la que nos previene interrogándonos sobre las ataduras, las cerrazones y las actitudes que no nos dejan gozar de la entrega en dignidad y libertad.

Derramar perfume, es derramar algo que tiene que ver con la belleza, y en cierto sentido con la seducción y el placer. Al parecer en el texto se trata de uno de esos perfumes disueltos en aceite, oleosos, por lo que, no sólo perfuma, sino que además penetra en la piel, permanece, humecta, suaviza. Esos pies de Jesús, peregrinos y cansados, cuánta dulzura habían recibido en ese gesto. ¡Qué hermosa lección! Aprender a tratarnos con delicadeza, utilizar la caricia para la relación que libera prejuicios y deja paso al amor sin obsesiones porque se vuelve servicio gratuito y desinte-

resado, se vuelve derrochón, exagerado, «*perfuma toda la casa*». Un gesto que libera a las personas y al ambiente, es cuestión de darlo todo y permitir que actúe.

Ese perfume era signo del mismo Jesús, de lo que él podía darnos también a borbotones después de su muerte y resurrección. Es, podríamos decir, el perfume del Espíritu, que todo lo colma de fragancia y vida nueva. Porque Él es el perfume de la sanación, de la liberación, de la reconciliación y de la comunión. Es perfume de alegría y de esperanza, de consuelo y de paz, de oración y de ofrenda.

El día de nuestro bautismo, dicho perfume ha sido derramado en nosotras/os, que no nos queda más que expandirlo por todas partes, entregando nuestras vidas con humildad y audacia al servicio del Reino. Pues «*nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo*» (2Cor 2,15).

Como cristianas/os debemos abrir nuestro interior y desde su profundidad ir por ahí, junto a tantas otras personas que desean también transformar la realidad, del mundo y de la Iglesia, como '*perfumeando*', para decirlo con una imagen de san Juan de la Cruz (Cf. *Canción* 31).

Lo nuestro pues, como Vida Consagrada, sería *perfumear*, romper frascos de vida nueva. Sería, por ejemplo comenzar, por crear espacios de confianza y ayudar a los formandos a distinguir la Betania de Jesús y las que el mundo ofrece. Sería tomar la determinación de crecer en la intercongregacionalidad, a través de la fraternidad y la fidelidad y no solo por mera 'oportunidad'. Sería mantener e incrementar las opciones por la inserción en medios populares, con cercanía real, fraterna y solidaria entre los más pobres, y dejar de andar cuidando grandes mausoleos, que devoran nuestros bienes y, más duro aún, nuestras vidas. Sería dar los pasos necesarios para una mayor y mejor vida y misión compartidas entre laicas/os religiosas/os, dejando que el perfume de los carismas den vida nueva a muchas estructuras caducas que no nos ayudan a vivir y transmitir la fe en el Dios de la Vida y de la Historia.

Nuestras comunidades deben *perfumearse* de búsquedas, discernimientos, solidaridad, espiritualidades encarnadas, oraciones ligadas a la vida y vidas transformadas en la oración. Nuestros tratos y formas de vincularnos deben *perfumearse* de fraternidad, de sororidad, de ternura, de

tolerancia, de la autenticidad de vida, de comprensión. Para ello, será necesario el perfume de una nueva humanidad, regida más por la ley del Espíritu y de la Gracia que por la del control y la condena; el perfume de una espiritualidad de la encarnación liberadora y de la resurrección transformadora, que sea propulsora de cambios evangélicos en las personas y las estructuras; el perfume de una vida en común que sea, una vez más, hogar y taller al mismo tiempo, y que lo sea para el servicio.

Perfumear, ir por allí derrochando vida en abundancia, compartiendo alegrías y tristezas, compartiendo y liberando conciencias, celebrando la vida y participando de las luchas del pueblo. Nos irá dando una Vida Consagrada nueva, la cual podrá, humilde y audazmente, ponerse al servicio de una nueva humanidad, más justa y más fraterna.

El perfume derramado como presencia santificadora y transformadora del Espíritu, nos llevará, sin duda alguna, por ejemplo, a abrir nuestros esquemas y estructuras, para que acojan a las Nuevas Generaciones y ellas opten por seguir a Jesucristo según el estilo y carisma propio; para responder mejor a las exigencias

del mundo y de la Iglesia, especialmente, de los sectores más necesitados; para ser creativas/os en nuestros estilos de vida, buscando lo esencial, para tener comunidades atractivas y que sean generadoras de vida.

Ese perfume nos ayudará a ser signos más creíbles de una nueva humanidad. Una humanidad que nace del testimonio de proclamar las maravillas que el espíritu de la comunión es capaz de realizar en nosotros y a través nuestro. Dando así testimonio con sencillez pero de modo convincente. Ese Espíritu que nos impulsa a arriesgar por cambios significativos, saliendo al camino donde la vida clama; arriesgando hacia experiencias de mutualidad; tomando decisiones proféticamente evangélicas de renovación profunda, donde se note que en nuestras vidas la prioridad la tiene el Dios de la Vida, de la comunión y que por ende él mismo nos impulsa hacia niveles y configuraciones de nueva vida, más inclusivas y liberadoras.

Siguiendo una tradición ortodoxa que celebra el tercer Domingo de Pascua el Domingo de las Mirróforas (portadoras de mirra), pidamos a estas apóstolas y servidoras de la vida nueva, las santas María Magdalena, María la de Santiago, María Salomé, Juana

la de Cusa, Susana, María Cleofás, María de Betania y Marta que con su testimonio e intercesión nos ayuden a quebrar los frascos de perfumes necesarios para derramar la fuerza del Espíritu a través de los carismas y servicios que él mismo ha dispuesto en la Vida cristiana y, desde ella, en la Vida Consagrada, para riqueza de la Iglesia y para un servicio liberador en el mundo.

Notas:

¹ Preferimos la versión de Juan por todo lo que implica el conjunto del ciclo de Betania en orden al ícono elegido por la CLAR. Los otros evangelistas (Mt 26, 6-13 Mc 14, 3-9) más o menos nos aportan los mismos datos aunque difieren en otros. Por ejemplo en el hecho de que para estos dos últimos la mujer derrama el perfume sobre la cabeza y no en los pies de Jesús; se encuentran en la casa del fariseo Simón. Agregan un dato no menos significativo cuando al final dicen «Les aseguro que allí donde se proclame la Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo» (14, 9; 26, 13). El relato de Lucas (7, 36ss) es muy rico también a la hora del significado del perfume, aunque los puntos en contactos son muy variados y disímiles, al mismo tiempo. Por ejemplo, en Lucas, en un marco de cierta polémica con los fariseos, el acento se coloca en el perdón misericordioso de los pecadores; en cambio, tanto en Marcos como en Juan, todo está encuadrado más bien como un signo profético de la muerte y sepultura de Jesús.